

Elogio del populismo (en ciertas circunstancias)

Notas sobre el kirchnerismo en Argentina¹

Martín Retamozo
María Belén Morris

El populismo, otra vez el populismo. Cuando todo parecía haber vuelto a la normalidad en América Latina y en el horizonte se instalaba la racionalidad del mercado, cuando la bestia indómita del Estado parecía haber sido domesticada y la mano invisible jugar sus efectos asesorada por los organismos de crédito, democracia y libertad. Cuando solo faltaban un par de reformas estructurales más para tocar el cielo. El populismo, otra vez el populismo, ese monstruo, ese fantasma, ese espectro. La figura del monstruo fue utilizada para referir al peronismo por Borges y Bioy Casares en *La Fiesta del Monstruo* y también por Julio Cortázar en *Las puertas del cielo*.² La literatura nombra de ese modo (y con cierto clasismo) lo que escapa al concepto, lo irrepresentable, esa heterogeneidad irreductible a lo conocido. Muchos trabajos académicos, también, recurrieron a la metáfora de lo inabarcable y lo incomprensible. Otros esfuerzos se la pasaron ensayando el uso de viejos nombres para fenómenos nuevos. Así, fascismo, bonapartismo, cesarismo, revolución pasiva, transformismo, dictadura y autoritarismo fueron por lo general términos de viejos manuales (de izquierda, liberales y conservadores) para nominar la cosa.

El populismo no goza de buena prensa, mucho menos en Europa, parecería –por momentos– ahogado en definiciones minimalistas de dudoso valor analítico, expulsadas del léxico científico por su escasa precisión semántica o confinada al arcón de los recursos para la descalificación política. No obstante, algo del orden de la urgencia política, la obstinación histórica y la obsesión intelectual por entenderlo nos imponen la necesidad de reabrir la discusión con una convicción: usar un concepto supone comprender la historicidad del fenómeno que se quiere analizar.

Para ello tenemos dos desafíos: construir una categoría de populismo y volverla concepto para el análisis situado de procesos políticos contemporáneos. La controversia no es simple ni reciente, tanto la historia como la sociología y la ciencia política han tratado de definir populismo. La literatura especializada lo ha concebido como un tipo de liderazgo, una forma de gobierno (o régimen), una ideología y un tipo de movimiento que, en el caso de América Latina,

podía ubicarse históricamente en el período de los populismos clásicos (Vargas en Brasil, Cárdenas en México y Perón en Argentina). Sin embargo, estos enfoques se toparon con nuevos desafíos de orden histórico y conceptual. Primero emergieron regímenes que fueron connotados como «neopopulistas» debido a la convergencia de liderazgos típicamente populistas y políticas de raíz neoliberal, de signo opuesto a las consideradas populistas (Viguera, 1993). Menem en Argentina y Fujimori en Perú fueron dos de sus exponentes más significativos. Luego, una nueva ola populista volvió a poner en tensión el concepto a partir del despliegue de políticas afines a los «populismos clásicos» y de la presencia de liderazgos fuertes y movilizaciones masivas, corporizados en Hugo Chávez, Néstor Kirchner, Evo Morales y Rafael Correa.

Los intentos por salvar el concepto para explicar estos procesos produjeron equívocos y definiciones mínimas que nublaron la comprensión de los procesos históricos concretos, sus complejidades, sus dolores, sus identidades y sus futuros. Frente a esta situación, los trabajos de Ernesto Laclau (2005, 2009) han inspirado una teoría política del populismo que constituye una superación de los enfoques precedentes y que conviene revisar como andamiaje analítico y heurístico. Esta teoría nos ayuda a reconstruir tres dimensiones polémicas que han sido objeto de los estudios sobre la temática. Primero, el populismo asociado a un tipo de discurso. Segundo, como una lógica política que apunta a la producción de una identidad popular (el *pueblo*) a partir de la interpelación y de la articulación. Tercero, como un proceso político que refiere a la inclusión radical, la transformación del orden social y su relación con la democracia. Como veremos, esta diferenciación tramita algunas de las respuestas para persistentes preguntas. En la sección que sigue, nos abocaremos a identificar estas dimensiones y, en la segunda, usaremos las categorías para el análisis del kirchnerismo como fenómeno político histórico-concreto.

SOBRE EL «DISCURSO POPULISTA»

Uno de los usos frecuentes de populismo es predicarlo como discurso. En particular en aquellas definiciones que ligan al populismo a un tipo de liderazgo (Paramio, 2006), el discurso pasa a ser ese medio de ejercicio del carisma y la demagogia. Ahora bien, *discurso* es una categoría clave en la teoría política del populismo que se ubica en dos terrenos epistemológicos. Por un lado, como forma de conceptualizar la construcción de la sociedad en tanto configuración de relaciones sociales, estructurada y a la vez fallada, que genera en su interior diferentes nombres, lugares y situaciones a partir de procesos de poder. En este nivel, digamos ontológico, el discurso no puede confundirse o agotarse en palabras y texto sino que la misma articulación de la totalidad es de orden discursivo. En otro registro, podemos llamarlo óntico, el discurso es una arena de disputa

por el sentido, la conformación de identidades y la hegemonía. Aquí la categoría de discurso sirve para pensar dos dimensiones: el populismo como producción de una identidad política y el populismo como experiencia política que propone conducir la constelación nacional a partir del Estado. Sin embargo es cierto que muchos discursos políticos tienen la pretensión de articular demandas insatisfechas en una sociedad y establecer una frontera que distinga a lo «propio» de un «otro» adversario o enemigo que también procura construir un proyecto político. Entonces, ¿qué distinguiría al discurso populista?

El discurso populista articula, tramita e, incluso, crea demandas identificando posiciones negadas en cierta totalidad social mientras efectúa una promesa re-entoradora. A su vez divide el espacio social en dos al trazar una frontera antagónica entre un «nosotros» (el pueblo) y un «ellos» a la vez que produce significantes que estructuran parcialmente la cadena de equivalencias y generan identificaciones en un horizonte productor de subjetividad popular. En este sentido, la *plebs* (lo popular, lo plebeyo) es concebida como el *populus* y esta operación discursiva dota de un componente inestable al discurso populista. La caracterización se completa con la apelación a la posesión de principios legitimantes para ordenar la comunidad (la soberanía), que es también performativa e instituyente.

EL POPULISMO COMO LÓGICA DE CONSTRUCCIÓN DE SUJETOS

El populismo, entendido como una lógica de conformación de los sujetos políticos, recoge, amplía y reformula aquellas perspectivas que lo asocian a un tipo de movimiento referenciado por las masas identificadas como pueblo y movilizadas mediante acciones colectivas extrainstitucionales o en actos eleccionarios y plebiscitarios. El escándalo, denunciado por el pensamiento liberal, radica en el incentivo a formas de participación política que incluyen y trascienden (aunque incluyen) a los partidos políticos y en la peligrosa conformación de un pueblo que reclama soberanía y decisión. Es posible hablar de movimientos populistas, no por la orientación ideológica de los mismos, sino por la lógica de producción de sujetos políticos (en el horizonte, el sujeto *pueblo*) en la cual interviene el discurso populista³ tal como fue definido.

Así, la lógica populista pone en contacto a una serie de demandas negadas por el orden social vigente a partir de producir un espacio de encuentro de reclamos heterogéneos que, sin abandonar su particularidad, ingresan en un proceso de articulación. La producción de este espacio es eminentemente política y se complementa con el trazado de una frontera antagónica que separa a las demandas insatisfechas y a los grupos demandantes respecto a una alteridad. La elaboración del discurso –como prácticas que producen sentidos– es condición de emergencia de una subjetividad política popular cuyo contenido y orientación es preciso desentrañar en cada caso.

La producción de un sujeto popular, sin embargo, precisa de la mediación de la «interpelación», es decir, de la producción de determinados efectos mediante la investidura de ciertos significantes. En este proceso entra a jugar la cuestión del afecto. No se explicaría, de lo contrario, por qué un discurso logra conmover y construir voluntades colectivas. Nuevamente, nos topamos con una de las intuiciones frente a los fenómenos populistas: el lugar de las pasiones, lo existencial y hasta lo «irracional» como elementos constitutivos e inerradicables en la política (Mouffe, 2005). En este sentido, huelga destacar que la interpelación puede alcanzarse no sólo a partir de la universalización de un particular, tal como Laclau sostiene en *La Razón Populista* (2005), sino también a partir de la inversión de esta relación mediante el mito y la producción de un imaginario. En ese caso, es el universal el que interpela a los particularismos. Esto sucede, por ejemplo, cuando es el nombre del líder, y no ya una demanda negada por el orden social vigente, la instancia que funciona como mecanismo de sutura. Pero a diferencia de otros significantes, el líder habla (Arditi, 2010). Así, se introduce en nuestra agenda la cuestión del líder y su discurso, en un registro distinto de aquel que lo reduce a una intervención caudillista o personalista con pretensión manipuladora, y se lo inserta en la pregunta por la conformación de los sujetos de la política, capaces de acción y disputa en órdenes sociales atravesados por profundas desigualdades.

En este sentido, entre los desafíos teóricos pendientes se encuentra el de precisar el modo y los alcances de la intervención del discurso populista y su relación con la conformación del sujeto. También el estudio empírico del tipo de construcción del sujeto (los contenidos articulados, los procesos, la historicidad y los cierres ideológicos), del lazo representativo que lo liga al líder y del régimen político en el que se inscribe. Esto permitiría pensar las denuncias por las posibles consecuencias autoritarias que se desprenden del trazado de fronteras antagónicas y que son, claramente, una posibilidad. A su vez, habilitaría la hipótesis esbozada por Chantal Mouffe para los procesos «populistas» actuales en los que encuentra desplazamientos desde un antagonismo discursivo hacia un agonismo pragmático en el régimen político, el cual otorga potencialidad de acción a grupos subalternos (Mouffe, 2003).

EL POPULISMO COMO FORMA DE INCLUSIÓN RADICAL

El problema de la inclusión radical de sectores dañados por el orden de la comunidad ha sido central en los abordajes sobre el populismo. En este sentido, la consideración del populismo como proceso político nos coloca frente al problema irresuelto e irresoluble de la inestabilidad entre lo instituyente y lo instituido, entre lo político y la política. Los estudios sobre el populismo clásico –incluso desde una perspectiva funcionalista– hicieron hincapié en la inclusión acelerada y desprolija de una «masa en disponibilidad» que irrumpió en la ciudadanía.

Pero ¿quiénes ingresan intempestivamente? O mejor ¿quiénes han sido excluidos o marginados? Estas respuestas requieren de estudios históricos, así como los modos de ingresar a la comunidad de derechos, que tensionan y rasgan los órdenes sociales construidos durante siglos.

Nos encontramos aquí con la potencialidad democrático-igualitaria propia del populismo que se desprende de la aplicación de políticas distributivas en un horizonte de justicia social (aunque no carente de potencial autoritario). El «re-ingreso» de ciertas víctimas del sistema a partir de la potenciación de su negatividad como crítica de lo vigente (Dussel, 2007) es inclusión y también puede ser irrupción. En consecuencia, el populismo ofrece una reconfiguración del ordenamiento y lo hace, en ocasiones, asumiendo un momento reinstituyente ligado a lo político (y no ya a la política), por lo tanto abierto al conflicto por el orden justo. Tal como en las dimensiones repasadas, estas reflexiones abren un campo de indagación acerca de las experiencias populistas, de las transformaciones en las condiciones de producción y reproducción de la vida y la sociedad y de los modos de poner en sentido esas inclusiones (así como las exclusiones que todo acto de inclusión tiene como reverso).

KIRCHNERISMO Y POPULISMO

El uso crítico de la teoría (Zemelman, 1992) nos alerta sobre la necesidad de construir configuraciones teóricas capaces de recorrer la espiral «concreto-abstracto-concreto», con el objeto de analizar los procesos políticos. De allí, la opción de utilizar las herramientas analíticas esbozadas en las secciones precedentes para la indagación del kirchnerismo en Argentina, uno de los casos de retorno del populismo en América Latina.

La propuesta, entonces, es la puesta en acto de un enfoque articulador que, partiendo de la teoría del populismo, integre los discursos (las intervenciones presidenciales y el polifónico dispositivo productor de sentido) y la producción de políticas públicas que producen y afectan las condiciones de reconocimiento. Esto, como aporte a la comprensión del kirchnerismo como proceso histórico y como sujeto político.

El discurso elaborado por el kirchnerismo⁴ buscó dominar la crisis situándose en el registro del «sueño» («vengo a proponerles un sueño» fue un lugar común en el discurso de asunción de Kirchner) y prometiendo la reposición de un Estado como mito reparador en un horizonte de inclusión social y restitución del lazo representativo. En esta perspectiva evidenció, desde un principio, un doble registro de interpelación que combinó la normalización institucional y la irrupción política, la reparación y la inclusión radical, el orden y el conflicto.

Por un lado, el discurso tomó al pueblo como *populus*, es decir, como totalidad, y no como pretensión de universalizar una parte de la comunidad (Dagatti,

2012). Aquí el destinatario fue el colectivo «ciudadanía». Esto habilitó identificaciones débiles mediante promesas dirigidas a garantizar la gobernabilidad, restablecer el lazo representativo y encarar reformas institucionales que subsanen aquellas percibidas como corrompidas. La presencia de esta marca fue más notable en el discurso de Cristina Fernández de Kirchner, donde los elementos asociados a un intento de representación plena de la comunidad fueron condensados en la repetición de la referencia a «la presidenta de todos los argentinos» durante sus presentaciones en cadena nacional.

Pero por otro lado, el discurso kirchnerista interpeló a colectivos que protagonizaron acciones de resistencia al neoliberalismo en la década de los noventa, especialmente a partir de la reposición de sentidos nacional-populares⁵ presentes en muchas de las identidades colectivas de los sujetos de la acción y de la incorporación de algunos de sus referentes políticos en los elencos de gobierno. Reactivó identidades sedimentadas en el peronismo (de su matriz plebeya), dentro del Partido Justicialista y de la Confederación General del Trabajo y también afuera; fue el caso de algunos sindicatos que conformaron la Central de los Trabajadores de la Argentina (Armellino, 2012) y de organizaciones de desocupados como el Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita (Schuttenberg, 2014) y la Federación de Tierra y Vivienda (Freytes y Cross, 2007). También interpeló a organizaciones que no provenían del peronismo sino de demandas ciudadanas legitimadas por años de lucha en el campo de los derechos humanos, tales como las Madres de Plaza de Mayo (en sus dos líneas) y Abuelas de Plaza de Mayo a través de una reivindicación de la generación de los años setenta (Montero, 2012) y una particular –y, en cierto modo, novedosa– referencia a la defensa de los derechos humanos (Barros, 2009). No es un dato menor esta inclusión, ya que produjo un lugar para la defensa de la garantía a los derechos individuales y colectivos dentro del discurso político y las políticas públicas que ensanchó los bordes del peronismo y renovó su agenda.

La partición del campo político en «nosotros-pueblo» y «ellos-poder» rompió equivalencias preexistentes –generadas en tiempos de crisis social– entre gobierno, corrupción, impunidad y neoliberalismo, de modo tal que situó al primero (ahora como gobierno «nacional y popular») como representante legítimo de los perjudicados bajo el orden neoliberal en sus distintas temporalidades, desde los desaparecidos por la dictadura hasta los desempleados y estafados. De este modo, el modelo neoliberal, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la dictadura cívicomilitar, las empresas privatizadas, la clase política corrupta, la justicia ineficiente y las diferentes corporaciones, entre otros, se volvieron enemigos comunes del gobierno y de los movimientos sociales. Entonces, la referencia al pueblo equiparado con *populus* y «ciudadanía» encontró como complemento al otro significado de pueblo, identificado con *plebs*, mediante el que se recuperó la tradición plebeya del peronismo y se interpeló a organizaciones en la producción de un antagonismo con capacidad de movilización contra los sectores dominantes.

El análisis de la dimensión populista del discurso kirchnerista requiere incluir instancias que exceden a los discursos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, y que componen lo que Beatriz Sarlo denominó el «dispositivo cultural kirchnerista» (2011), es decir, prácticas que producen sentido (discursos) y que provienen de otros enunciadores y otros soportes, en un concierto polifónico que constituye una regularidad en la dispersión. Medios de comunicación (públicos y privados) pero también una serie de otros enunciadores (blogueros, twitteros, fanpages y grupos de Facebook), además de cientos de organizaciones culturales, estudiantiles y gremiales son parte de la co-producción, circulación, resemantización e instalación de un conjunto de sentidos políticos. En consecuencia, un aspecto a señalar es la heterogeneidad de fuerzas sociales que inscriben o construyen su experiencia en el kirchnerismo. Esto cuestiona tanto la ausencia de mediaciones organizacionales e institucionales entre el líder y el movimiento como la concepción de pueblo-uno y homogéneo que los textos académicos y literarios sobre populismo le endilgan (la «muchachada» heterónoma y de idéntico pensamiento que componía una «masa coral», decían Borges y Bioy Casares). Por el contrario, se reconoce aquí a una multiplicidad de «víctimas dañadas» (Dussel, 2007) que conforma una plebe heterogénea compuesta por una pluralidad de formas organizativas. A su vez, la referencia al pueblo *populus*, tensiona la noción de *plebs* cuando admite la pluralidad que, en un contexto democrático, apela a las elecciones para definir la representación en ejercicio de su soberanía.

Además, podemos observar cierta paradoja entre la gran capacidad de movilización y participación política de la sociedad civil (movimientos sociales y organizaciones políticas juveniles) y los altos grados de delegación hacia el poder ejecutivo sobre la toma de decisiones políticas. En este punto, la hipótesis sociológica que el kirchnerismo desafía es la que recurre a la idea de «cooptación» para referirse al apoyo de actores y organizaciones ya que esta invisibiliza las maneras en que diferentes colectivos existentes (muchos de ellos protagonistas de años de luchas y protestas sociales) se han relacionado con el kirchnerismo, incluso asumiendo esta identidad. En definitiva, de lo que se trata es de indagar los modos de configuración del sujeto del kirchnerismo y sus procesos identitarios, la historicidad de los sujetos interpelados y la dimensión experiencial que sigue a la configuración de sentido.

La producción de un discurso político con una dimensión populista se conjuga con la otra dimensión del populismo: la inclusión mediante políticas que afectaron diferentes dimensiones del orden instituido (la estructuración de relaciones sociales y sus regulaciones), que no pueden dissociarse de los sentidos que las legitiman ni de aquellos que producen en diferentes sectores sociales (a partir de la inscripción subjetiva). A su vez, estas intervenciones trastocaron condiciones materiales de reconocimiento del discurso (decodificación) que, aunque no determinaron el resultado, sí establecieron espacios de posibilidad.

Las inclusiones del kirchnerismo se dieron desde una lógica diferencial y sin momento de ruptura (o irrupción).⁶ El Gobierno enfocó políticas públicas en

sectores vulnerables como niños, jóvenes y ancianos. Pero también en colectivos movilizados que fueron protagonistas de la década precedente: desocupados, fábricas recuperadas y organismos de derechos humanos.

El kirchnerismo procuró la restitución del empleo registrado como garante de los ingresos y el acceso a derechos por parte de los trabajadores luego de que el mercado laboral arrojara en 2001 y 2002 sus peores registros históricos. La recomposición del mercado de trabajo –capitalista, por supuesto– trajo consigo el empoderamiento de los sindicatos y la regulación mediante la lógica corporativa de las relaciones laborales a partir de los convenios colectivos de trabajo (Senén González *et al.*, 2011). Ahora bien, este mecanismo de reposición de clase no alcanzó a un significativo número de trabajadores que estaba fuera del mercado formal o en situación de desocupación (abierta o encubierta). Las políticas que el Gobierno ensayó desde 2003 con el objetivo de paliar este escenario⁷ tuvieron un indudable impacto sobre las demandas de los movimientos de desocupados que, a su vez, pudieron regularizar sus emprendimientos productivos mediante el acceso al Plan Ingreso Social con Trabajo «Argentina Trabaja» (De Sena y Chahbenderian, 2011; Natalucci, 2012). En este contexto, surgieron nuevas demandas en torno a las condiciones marcadas por la desprotección social, la informalidad y nuevas situaciones en el mundo del trabajo como las de los emprendimientos cooperativos.

Entre las demandas de la clase trabajadora elaboradas en el período de crisis neoliberal podemos destacar las distintas experiencias de toma de fábricas y empresas amenazadas por el cierre, por parte de sus trabajadores (Rebón, 2004; Patrouilleau, 2007). En esta dimensión, el Gobierno dispuso en 2004 el Programa de Trabajo Autogestionado y firmó convenios de asesoramiento con varias de las empresas recuperadas.

Las luchas por el reconocimiento y la reparación, como un modo de reinscribir en el espacio social posiciones subalternas, también encontraron resonancia en los últimos años. Por un lado, la demanda que había vertebrado a los organismos de derechos humanos («juicio y castigo a los culpables» y «verdad, memoria y justicia») fue tramitada políticamente por el kirchnerismo a través de la derogación de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final (que garantizaba la impunidad a los perpetradores del terrorismo de Estado), la recuperación del predio de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) donde funcionó un emblemático centro clandestino de detención, tortura y asesinato, y los juicios por crímenes de lesa humanidad a los responsables de la última dictadura cívico-militar. A esto se le sumó el apoyo de figuras históricas y emblemáticas del movimiento de los derechos humanos y la incorporación de víctimas de la dictadura en cargos del poder ejecutivo y el poder legislativo.

Por otro lado, en torno a los conflictos por la representación también repercutieron, como políticas de la identidad, la implementación de una política migratoria que reconoció los derechos de protección social de los inmigrantes (principalmente, latinoamericanos), la aprobación de la Ley de Matrimonio Igualitario que

equiparó la situación de parejas heterosexuales y homosexuales, y la Ley de Identidad de Género que habilitó el reconocimiento del género autopercebido. Contrariamente a lo sindicado como un déficit del populismo, éstas fueron articuladas como demandas particulares aunque también se procesaron en clave de ampliación de derechos civiles (Biglieri, 2013) y de libertades individuales de corte liberal.

La atención de las demandas de los movimientos sociales no implicó simplemente la cancelación de su potencia contestataria ni se agotó en la administración por parte del sistema político de una demanda exógena. La articulación de lógica populista y dinámica institucional produjo un efecto de identificación colectiva con el campo simbólico-político que propuso el kirchnerismo y conformó un nuevo campo popular.⁸ Aun destacando que las inclusiones fueron de baja intensidad y no llegaron a ser irrupciones, es preciso reparar en que el kirchnerismo sí trabajó con la reactivación de esas inclusiones míticas, evocaciones de diferentes momentos de la historia, desde la primera emancipación hasta el presente, pasando por el peronismo clásico y el alfonsinismo; de allí la autodenominación de «nacional, popular y democrático».

¿POPULISMO O DEMOCRACIA? ¡SÍ, POR FAVOR!

El vínculo entre populismo y democracia es, quizás, el asunto más polémico dado que es tratado como si fueran inversamente proporcionales. No obstante, podemos anotar que dicha relación es heterogénea, histórica y contingente. En el plano del discurso, la relación dependerá de los sentidos articulados y de las fronteras establecidas. La alusión a la conflictividad del populismo no se contrapone a las operaciones democráticas sino que habla de su pretensión de apertura de lo político que, en el momento de la práctica política, puede desplazarse de lo antagónico a lo agonal. Esto es particularmente válido para el «giro a la izquierda» en América Latina que reconoce la arena electoral como legítima y respeta el Estado de derecho, lo que abre nuevos juegos para el populismo.

Las inclusiones propuestas por el populismo como proceso tampoco pueden ser juzgadas en su carácter específico (democrático, igualitario, justo, o sus contrarios) sin una definición de esos conceptos en pugna y sin un análisis empírico, esto es, sin referencia a la historicidad del orden que produjo exclusiones y formas de inclusión específicas. Es posible que estas irrupciones plebeyas jaqueen la normatividad liberal y pongan en tensión ciertas institucionalidades, pero quizás fueron esas instituciones las que se erigieron en instrumentos de la dominación, y, por lo tanto, la experiencia de democratización beligerante –para usar la expresión de Aboy Carlés (2007)– cabalgue a lomo del populismo ¿Existe, acaso, otro modo de democratización-inclusión radical para una institucionalidad que ha sido, ella misma, artífice, organizadora y sustento de la exclusión?

Analizar los «populismos» latinoamericanos desde una perspectiva crítica no supone cuestionarlos desde la mirada lanzada desde la plataforma liberal normativa, sino indagar potencialidades y limitaciones de procesos histórico-concretos que han reactivado el espectro del pueblo, jaqueado la institucionalidad y propuesto nuevos vínculos políticos avalados en elecciones, participación ciudadana y movilizaciones populares no exentos, claro, de tensiones propias de una dinámica de cambio social y político. El kirchnerismo, en su particularidad, es parte de esta contienda por la conflictiva y nunca acabada conformación del orden, el nombre de una intervención política capaz de movilizar participación política heterogénea y producir inclusiones en el contexto de devenir-otro del orden social. Sus consecuencias en la democratización de distintas dimensiones del orden social seguirán siendo objeto de arduos debates; este artículo pretende tan sólo contribuir a pensarlas mejor.

NOTAS

1. Algunas ideas de este ensayo han sido presentadas *in extenso* en el artículo publicado en el número 82 de la Revista *Colombia Internacional* (septiembre-diciembre de 2014) con el título «Populismo en América Latina: desde la teoría hacia el análisis político. Discurso, sujeto e inclusión en el caso argentino».
2. «Me parece bueno decir aquí que yo iba a esa milonga por los monstruos, y que no sé de otra donde se den tantos juntos», dice un personaje. Cortázar, hacia los años setenta, tomó cierta distancia de esta perspectiva al reconocer que el peronismo «más que la expresión de un pensamiento nacional, es la expresión de una pasión nacional y de una necesidad nacional» (*La Opinión*, 1973), aunque mantenía dudas sobre su devenir.
3. Encontramos sobrados casos de discursos populistas sin sujeto *pueblo* encarnado; no obstante, no puede haber sujeto *pueblo* sin discurso populista.
4. Algunas de las ideas que siguen están desarrolladas en Retamozo (2011).
5. Aunque no podemos abordar aquí los alcances de este imaginario político, reconocemos la apelación al pueblo como sujeto de la historia, la reposición del Estado como garante de los derechos sociales y el reconocimiento de la legitimidad de la cultura plebeya.
6. Toda reinstauración de un orden requiere una lógica institucional, incluso aquella que deviene de un momento de ruptura revolucionaria. De modo que no pueden pensarse como antagónicas, sino como diferentes categorías para pensar los procesos sociales.
7. Ellas fueron la sustentación del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupado, creado bajo la administración de Eduardo Duhalde (Neffa, 2008), la implementación de políticas como el Plan Familias y el Seguro de Capacitación, a partir de 2006, y en octubre de 2009, la Asignación Universal por Hijo (Gasparini y Cruces, 2010; Trujillo y Villafañe, 2011).
8. Esto, por supuesto, no implica la inexistencia de posicionamientos críticos al kirchnerismo en el campo de los movimientos sociales, fundamentalmente desde organizaciones socioambientales, algunos sectores sindicales y colectivos de izquierda; aunque también se opusieron algunos sectores aglutinados en torno a una plataforma neoliberal y conservadora (Retamozo, 2011).

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS, G. «La democratización beligerante del populismo». *Debate*, 12 (2007): 46-57.
- ANDRIOTTI, E. «De la resistencia a la integración. Las transformaciones de la Asociación Madres de Plaza de Mayo en la 'era Kirchner'», *Estudios Políticos*, 41 (2012): 36-56.
- ARDITI, B. «Politics is Hegemony is Populism?», *Constellations*, 17 (2010): 488-497.
- ARMELINO, M. «Kind of Blue. Las vicisitudes de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) durante los años kirchneristas», *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. German Pérez y Ana Natalucci (eds.), Buenos Aires, Nueva Trilce, 2012.
- BARROS, M. «Democracia y derechos humanos: dos formas de articulación política en Argentina», *E-L@tina. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 29 (2009): 3-18.
- BIGLIERI, P. «Emancipaciones. Acerca de la aprobación de la ley del matrimonio igualitario en Argentina», *Íconos*, 46 (2013): 145-160.
- DAGATTI, M. «El estadista oculto. El ethos gubernamental en los discursos públicos presidenciales de Néstor Kirchner», *RÉTOR*, 2 (2012): 55-93.
- DE LA GARZA, E. *Hacia una metodología de la reconstrucción*, México, Porrúa-UNAM, 1988.
- DE SENA, A. y F. CHAHBENDERIAN. «Argentina, ¿trabaja?», *Polis*, 30 (2011): 1-15.
- DUSSEL, E.. *Política de la liberación I: historia mundial y crítica*, Madrid, Trotta, 2007.
- FREYTES, A. y C. CROSS. «Movimientos piqueteros: alcances de su construcción política», *Política y Cultura*, 27 (2007): 121-141.
- GASPARINI, L. y G. CRUCES. «Las asignaciones universales por hijo. Impacto, dilución, alternativas», *Económica*, 56 (2010): 105-146.
- LACLAU, E. *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- «Populismo: ¿Qué nos dice el nombre?», en *El populismo como espejo de la democracia*. Francisco Panizza (ed.), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- MONTERO, A. S. *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, Buenos Aires, Prometeo, 2012.
- MOUFFE, Ch. *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- «Política y pasiones: las apuestas de la democracia», en *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias*. Leonor Arfuch (ed.), Barcelona, Paidós, 2005.
- NATALUCCI, A. «Políticas sociales y disputas territoriales. El caso del programa 'Argentina Trabaja'», *Perspectivas de Políticas Públicas* 2 (2012): 126-151.
- NEFFA, J. *Desempleo, pobreza y políticas sociales. Fortalezas y debilidades del Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados*, Buenos Aires, Miño y Dávila–CEIL-PIETTE–Trabajo y Sociedad, 2008.
- PARAMIO, L. «Giro a la izquierda y regreso del populismo», *Nueva Sociedad*, 205 (2006): 62-74.
- PATROUILLEAU, M. M. «Crisis del trabajo y gestión de los trabajadores. Las dinámicas colectivas de gestión en unidades productivas recuperadas de Argentina (1996-2006)», *Trabajo y Sociedad*, 9 (2007): 1-19.

- REBÓN, J. *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*, Buenos Aires, P.ICA.SO–La Rosa Blindada, 2004.
- RETAMOZO, M. «Movimientos sociales, política y hegemonía en Argentina», *Polis*, 10 (2011): 243-279.
- SARLO, B. *Kirchner 2003-2010. La audacia y el cálculo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
- SCHUTTENBERG, M. *Las identidades nacional-populares*, Villa María, Edivim, 2014.
- SENÉN GONZÁLEZ, C., B. MEDWID y D. TRAJTEMBERG. «La negociación colectiva y sus determinantes en la Argentina. Un abordaje desde los debates de las relaciones laborales», *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 16 (2011): 155-181.
- TRUJILLO, L. y S. VILLAFÑE. «Dinámica distributiva y políticas públicas: dos décadas de contrastes en la Argentina contemporánea», *Distribución del ingreso. Enfoques y políticas públicas desde el Sur*, Marta Novick y Soledad Villafañe (eds.), Buenos Aires, PNUD-MTEySS, 2011.
- VIGUERA, A. «'Populismo' y 'neopopulismo' en América Latina», *Revista Mexicana de Sociología*, 55 (1993): 49-66.
- ZEMELMAN, H. *Los horizontes de la razón: uso crítico de la teoría*, México, Anthropos, 1992

.....
MARTÍN RETAMOZO es doctor en Investigación en Ciencias Sociales con orientación en Ciencia Política, por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO sede México). Profesor de Filosofía y máster en Ciencias Sociales por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad Nacional de La Plata). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Instituto de investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IDIHCS/UNLP).

MARÍA BELÉN MORRIS es licenciada en Sociología por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad Nacional de La Plata). Doctoranda en Ciencias Sociales. Becaria doctoral de CONICET - Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IDIHCS/UNLP)